

QUEBEC PROVINCIA DE CHILE: VOCES TRANSNACIONALES EN *COBRO REVERTIDO* DE JOSÉ LEANDRO URBINA

Javier Vargas de Luna*

Abstract

En *Cobro revertido* (1992) se organiza el destino de un exiliado político cuyo mayor empeño es, en la figura de su personaje central, regresar a Chile desde un país a punto de nacer: un Quebec independiente y soberano. El relato delinea los rasgos sociales de esta nación emergente bajo una forma inesperada de 'latino-americanismo'. José Leandro Urbina ha dilatado las fronteras de ambas realidades históricas para enlazarlas en la reflexión de que tanto separatistas como refugiados habitan una geografía 'transnacional' de cruces y de reflejos socio-discursivos.

Quebec, a Province of Chile: Transnational Voices in José Leandro Urbina's Collect Call
Published in 1992, *Collect Call* exposes the fate of a political refugee whose main endeavor is, through its leading character, to return to Chile from a country about to be born: an independent and sovereign Republic of Quebec. While emerging as a nation, the pages of the story outline its social features under a new expression of 'Latin Americanism'. Furthermore, this paper seeks to explain how José Leandro Urbina expands the boundaries of both historical realities in order to show that separatists and refugees inhabit a 'transnational' geography plenty of social-discursive junctions.

Quebec provincia del Chile: voci transnazionali in Cobro revertido di José Leandro Urbina
In *Cobro revertido* (1992) si organizza il destino di un esilio politico il cui impegno principale sta nella figura del suo personaggio principale, ritornato in Cile da un paese sul punto di nascere: un Quebec indipendente e sovrano. Il racconto delinea i tratti sociali di questa nazione emergente sotto una forma inattesa di 'latino-americanismo'. José Leandro Urbina ha dilatato i confini delle due realtà storiche per collegarle nella riflessione che sia i separatisti che i rifugiati vivono in una geografia 'transnazionale' di incroci e di riflessioni socio-discorsive.

Hay todavía en la América Latina unos cuantos escritores, algunos de ellos talentosos, que vagan errantes en busca de su soledad perdida.

Mario Benedetti

(*El escritor latinoamericano y la revolución posible*: 94).

* Université Laval, Quebec.

Señas de identidad compartidas

En tanto que texto finisecular, parecería que *Cobro revertido* (1992) fue escrita para (re)afirmar una constante entre casi todos los escritores latinoamericanos desde la época de las independencias, es decir, que el verdadero refugio del perseguido – y del emigrante en general – está en las geografías de la ficción, y que la escritura es y será siempre el mejor norte para conjeturar el retorno. A manera de rápido ejemplo, allí están, en pleno siglo XIX, los destierros de Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento, José Mármol, Juan Montalvo, José Martí o José María Heredia. En igual orden de reflexiones, por dicha experiencia han de transitar casi todas las figuras mayores de nuestras letras en el siglo pasado: Vallejo, Jorge Amado, Neruda, Roa Bastos, Onetti, Eduardo Galeano, Donoso, Skármeta, Tito Monterroso, Manuel Puig, Reinaldo Arenas, Cortázar, Juan Gelman, Cabrera Infante, Peri Rossi y un largo etcétera... Si bien es cierto que algunos de ellos se desarraigaron por decisión propia, la mayoría asumió la expatriación como un momento vital, para su escritura tanto como para la salvaguardia de la integridad; al respecto, quizás valga la pena diferenciar el asilo poético del destierro político con las reflexiones de Benedetti sobre la «promoción del exilio» (92 y ss.) para aclarar las honduras y los matices, reales o premeditados, de lo que significó la búsqueda de asilo para el escritor latinoamericano durante casi todo el siglo XX. Por otro lado, la lista sería mucho mayor al sumar las figuras del periodo colonial – rápido vienen a la mente el Inca Garcilaso y el novohispano Juan Ruiz de Alarcón –; desde allí, resultaría casi obligado extender la reflexión al Medievo hispánico para conjeturar la primera gran madurez del tópico en el *Poema del Mío Cid*, y, una vez iniciada la consideración de larga data, por qué no apropiarnos de Ovidio como el más grande de todos los expatriados de la latinidad. Sirva, pues, este botón de muestra para significar que, desde sus raíces mismas, muchas de las coordenadas de las literaturas latino-hispánicas han sido trazadas con las caligrafías del desarraigo.

Ahora bien, en lo que toca al exilio de los escritores chilenos llegados a Canadá tras el golpe militar del 1973, la novela de José Leandro Urbina se integra a otras voces cuya intensidad de exploraciones reclamó muy pronto la consideración de literatura ‘diaspórica’, es decir, una valoración de conjunto basada en señas de identidad compartidas. Reinventar la memoria del país perdido en los ámbitos de la prosa, el verso o el ensayo; rescatarse como escritores en un idioma ‘contaminado’ por la experiencia de una cultura ajena; traducirse con la novedad de los significados que la(s) lengua(s) de la sociedad de bienvenida impuso; reinventarse en una ficción de frontera donde la memoria de la raíz y el descubrimiento del asilo cohabitaran en una especie de elocuencia híbrida o de expresividad mixturada..., tales pueden ser, en palabras muy llanas, los elementos

constitutivos de dicha visión panorámica aplicada a los escritores chilenos que se arraigaron en el Canadá durante la primera década de la dictadura militar, muy en especial en las provincias de Quebec y de Ontario, como es el caso del propio autor de *Cobro revertido*. La lista de autores, aquí, vuelve a ser extensa y ella incluye textos de diversa catadura existencial y obras de una muy variada filiación estética: Jorge Etcheverry, Naín Nómez, Erik Martínez, Alfredo Lavergne, Claudio Durán, Manuel Aránguiz, Francisco Viñuela, Elías Letelier, Luis Lama, Luciano Díaz, Nieves Fuenzalida, Gonzalo Millán, Jaime Serey y Jorge Cancino, entre otros. El propio Jorge Etcheverry, cuyos trabajos de reflexión e investigación se revelan esenciales para dimensionar la literatura del exilio en América del Norte, ofrece una mirada al detalle de las corrientes, los afanes creativos y los momentos trascendentales que incluso dieron lugar a la creación de “Ediciones Cordillera”, una casa chilena de publicaciones fundada en Ottawa – ver «Poesía chilena en Canadá: historia e identidades» (183-199).

Para lo que conviene decir en este introito, es preciso caer en la cuenta de que, aun y cuando entre los exiliados parece dominar la poesía sobre otros géneros, la prosa de José Leandro Urbina comparte las texturas de un dolor común a todos los escritores de la diáspora, y su libro es, sin duda ninguna, un espacio verbal donde el Canadá francés comienza a ‘hablar en chileno’ gracias a su singular intersección de calendarios. Tal y como enseguida se observará, en *Cobro revertido* los acentos del Quebec separatista se pronuncian con las inflexiones de un Chile dispuesto a ‘con-fundir’ en ellos la historia de sus persecuciones y de sus desarraigos.

Cruces históricos y discursos transnacionales

Cobro revertido es un libro que reconstruye la historia de un refugiado cuya vida y destino cobran una nueva dimensión histórica ante la inesperada noticia de un fallecimiento familiar del otro lado del continente. Como el título hace suponer, la comunicación telefónica es el evento que sirve de fuerza motriz en una narración que nos expone las urgencias del regreso envueltas en la evocación de un pasado que se desborda en la memoria de la persecución política, el golpe de estado, el amor iniciático, los primeros pasos en la militancia, la huida del país y, asimismo, la llegada al exilio canadiense. En sentido estricto, es esa muerte ocurrida tan a trasmano la que insufla vigor a la novela, pues el anuncio revive las causas del destierro así como los dolores asociados a la búsqueda de un nuevo destino en la ciudad de Montreal. Sin embargo – es menester decirlo –, el texto cumple primero con la buena literatura al crear un entretenido y angustioso suspenso alrededor de las diligencias que preparan el posible retorno del personaje a su país natal,

objeto final en el que se concentrarán todas las energías del relato. En consecuencia, la consideración socio-política que puede decantarse de un libro como *Cobro revertido* no bastaría para argumentarlo en tanto que hecho estético, y es por ello que lo histórico, dentro y fuera de Chile, tanto como lo narrado, dentro y fuera de Quebec, están subordinados en el texto de Urbina a la intimidad de aquella llamada telefónica... Insistamos: esto es literatura, y la reflexión socio-crítica, que puede y debe aprovechar siempre la riqueza de libros así, es un valor añadido a su capacidad de hacer sentir antes que a su intención de informar sobre el devenir de los desplazados por las dictaduras en América Latina.

Ambientada en la ciudad de Montreal hacia finales de los años Setenta, las sincronías entre el relato y la vida de su autor poco a poco adquieren nitidez en la figura de un *alter ego* que llega hasta nosotros bajo el antifaz de un ‘sociólogo’ cuyas amistades, instaladas en el activismo político, la bohemia y el destierro, lo alejarán en todo momento de sus responsabilidades académicas. Por lo demás, esos estudios suyos – siempre frustrados y, por lo y tanto, siempre vigentes como prejuicio negativo hacia su persona – en forma paulatina han de confirmar lo que la provincia de Quebec significó para muchos latinoamericanos durante la llamada “Operación Cóndor”: un ámbito donde la fuerza de los postulados independentistas, surgidos del anhelo de crear un nuevo país separado del Canadá inglés, se imbricaron con las banderas ideológicas de los recién llegados. No está de más recordar que aquella estrategia de represión y eliminación de opositores políticos, también conocida como “Plan Cóndor”, aglutinó a casi todos los regímenes militares del Cono Sur a partir de los años Setenta, y que la coincidencia histórica entre el arribo de los refugiados sudamericanos y el separatismo quebequense derivó en una atmósfera propicia para el estudio de sus respectivos idearios así como para su posterior hibridación discursiva.

Por lo demás, muchas de las figuras de la literatura quebequense de aquella época pronto entraron en contacto con los escritores chilenos del exilio. La cercanía y el intercambio de experiencias dio lugar, incluso, a la publicación de antologías que también podrían ser calificadas de ‘transnacionales’, como es el caso de aquel libro que hacia finales de los Ochenta llevaría por título *La Présence d’une autre Amérique* y que reunió los trabajos de autores como Alfredo Lavergne, Claude Beausoleil, Hugh Hazelton y Paul Chamberland, entre otros. En resumen, todos estos préstamos y cruces de posiciones políticas, estéticas y literarias exhiben a una generación de exiliados capaz de asumir como algo propio la opción soberanista de la provincia pues, como bien dice aquel personaje de Urbina en el interior del relato, tomar partido en las luchas políticas es la mejor «forma de empezar a pertenecer» a Quebec (123).

Quebec: extensión socio-discursiva del Chile de la época

En este punto, valdría la pena analizar las antesalas de dicha intersección histórica en la cual Quebec aparece como una extensión socio-discursiva del Chile de la época. Cuando en la década de los Sesenta toda búsqueda de rompimiento con el *establishment* en muchos países de América Latina era estigmatizada mediante los manidos argumentos contra las influencias cubanas, Quebec atravesaba por un periodo que pretendía renovar los esquemas de su vida social. Mejor conocida como la *Révolution tranquille*, en dicha etapa se buscó, sobre todo, estimular el paso de una tradición socio-religiosa inmovilista y arcaizante (ver Paquet 55 y ss), a un mundo cuyo nuevo sentido de modernidad encontró un gran estímulo en la Exposición Universal celebrada en 1967 en la propia ciudad de Montreal. Así, en el momento en que las dictaduras militares latinoamericanas recrudecían sus prácticas totalitarias y hacían aún más flagrantes los desplazamientos de refugiados, Quebec clausuraba las políticas conservadoras de Maurice Duplessis, Primer Ministro de la provincia entre 1944 y 1959 – ejerció un primer mandato durante la década anterior a la II Guerra Mundial, lo cual hace de Duplessis una figura siempre controversial para la historiografía local debido a su prolongada permanencia en el poder –.

Ahora bien, si las luchas sociales en América Latina se insertaban en los escenarios hemisféricos que durante la llamada “guerra fría” hicieron de Estados Unidos el gran aliado material o el peor enemigo ideológico, la pretendida refundación de Quebec exponía la construcción de su nuevo destino nacional en un marco menos global, aunque siempre parecido: el abandono o la permanencia dentro de la federación canadiense. Así, llegados a los años en que la novela transcurre, es decir, durante la víspera del referéndum separatista de 1980, en la provincia gobierna por primera vez el *Parti Québécois*, hasta hoy el gran impulsor de la independencia desde una ideología nacionalista que se pretende afín a la social-democracia. Herederos de aquel citado discurso de Charles de Gaulle en el Montreal de 1967 – *vive le Québec libre!* –, y bajo la dirección de su líder histórico, el Diputado y también Primer Ministro René Lévesque, desde su llegada al poder en 1976 los miembros del partido separatista subordinaron la totalidad de sus luchas a la construcción de un nuevo país en donde la palabra ‘independencia’ se nutrió de contenidos liberadores respecto al mundo inglés. En consecuencia, y según nos lo explica la propia novela, el exiliado chileno vivió en la provincia un proceso de igualación en la ecuación utópica quebequense (27 y ss.). Y es, pues, dicha razón la que sostiene la tesis de que el refugiado pudo nutrirse del sociolecto de los independentistas dado que el lenguaje político al uso volvió a dividir la realidad local entre opresores – el resto del

Canadá – y oprimidos – la nación francesa de Quebec –, tal y como lo han hecho siempre los discursos de las izquierdas latinoamericanas.

A ello se debe, además, que los personajes de José Leandro Urbina sepan retratar su paso por el exilio con matices que nunca perderán ni su fuerza ni su vigencia, a pesar de vivir en el destierro. Incluso los calificativos de “fascistoide” o de “revolucionario”, entre muchos vocablos más que pudieran citarse para el efecto, encuentran resonancias hispanoamericanas dentro de las reflexiones que sobre el futuro de la nueva nación francesa en América se ofrecen en el relato. Y aunque bien puede argumentarse que todas estas confluencias son solo aplicables *in vitro* al mundo narrado y no al contexto de producción de la novela, no puede ni debe olvidarse que a principios de los Noventa, justo cuando el libro está por salir a la luz, Quebec preparaba ya su segundo referéndum separatista. En consecuencia, todos estos cruces históricos se hacen perceptibles gracias a que Urbina ha conocido y vivido muy de cerca cada una de las fases de la dilución de lo quebequense entre los tejidos ideológicos chilenos, y viceversa.

Al extender lo anterior a otras presencias latinoamericanas en Montreal, pronto caemos en la cuenta de que en dicha ciudad de Quebec también se ha prolongado la historia política de países como Argentina, Bolivia, Brasil, Uruguay y Paraguay, sin olvidar la mención de los casos de España y de Portugal, muy presentes en la pluma del autor chileno. Conforme el siglo XX avanzó, lo sabemos muy bien, se produjo el arribo de nuevos refugiados provenientes de América Central y de Colombia. De alguna manera, la novela funciona como un espacio expresivo donde la ciudad quebequense se ha convertido en el lugar que asegura el presente y, por lo tanto, en el sitio donde se puede organizar la reflexión de lo perdido – otra vez, dentro y fuera de la ficción –.

En este orden de ideas, los antecedentes que en el dominio de la ficción construyen la imagen de Canadá y de Quebec como mundos abiertos al refugiado, con políticas sociales orientadas a la recepción del inmigrante y con proyectos colectivos enfocados a su integración, pueden localizarse ya en novelas del siglo XIX americano. Aunque los ejemplos no son muy abundantes, un buen punto de partida para ilustrar lo anterior podría localizarse en ese título clásico que preludia la Guerra de Secesión en los Estados Unidos, *La cabaña del tío Tom* (1852), de la escritora Harriet Beecher Stowe, texto cuya historia de esclavitudes y de persecuciones culmina en la ciudad de Montreal, desde entonces un universo social favorable para la escritura de las nostalgias. En efecto, ya sea en la elaboración directa o en la perspectiva tangencial, la ficción que ha tocado el tema del destierro ha privilegiado siempre la imagen de Quebec – o de Canadá en general, tal y como lo hace Isabel Allende en *La casa de los espíritus* en 1982 – como un ámbito donde es posible escribirlo todo en todo momento. Por consiguiente, no es muy aventurado exponer que la literatura continental ha consagrado en el imaginario univer-

sal la noción de Quebec en tanto que ámbito abierto a los cruces discursivos, es decir, una geografía que libera la 'literatura del otro' para acercarla a la 'lectura de todos'. Al alcanzar tal vigencia en los dominios de la imaginación, la provincia ha trascendido como un 'país de países', como la 'voz de voces' de una nación de identidades interpoladas, esto es, como un mundo donde las herencias locales completan con su especificidad nacional los posibles extravíos del perseguido.

La consagración escritural de una pérdida

En lo tocante a las fibras verbales más íntimas del libro, las inquietudes poéticas del exilio chileno se individualizaron en *Cobro revertido* mediante una escritura contradictoria en cuyo interior se anunció, con regionalismos sudamericanos y formulaciones idiomáticas propias de Quebec, la imposibilidad del regreso. En otras palabras, Chile comenzó a suceder de otra manera en autores que, como José Leandro Urbina, convocaron en sus páginas la presencia de la lejanía y la familiaridad de la distancia. Su obra, en tanto que literatura del destierro, se dirigió muy pronto hacia la consagración escritural de una pérdida; si acaso se prefiere el otro extremo de la misma perspectiva, esto equivale a proponer que todos los libros que se han acercado al tema del exilio trascienden casi siempre como la dolorosa celebración de una lectura donde las palabras trastocan y confunden muchos de sus significados históricos. Es eso lo que Hazelton, en sus análisis sobre Urbina, deja en claro al señalar «la dificultad emocional que muchos escritores refugiados manifiestan al escribir sobre el golpe de estado: encono, culpa, dolor, desorientación...» (216). De hecho, muchas de las verdades que la novela construye alrededor de la noción del 'desarraigo' concitan ideas de lo efímero, situaciones inacabadas, escenarios incompletos y por tanto insuficientes en la construcción del destino de los personajes. El camino que sigue Urbina para aclarar todas estas contradicciones es el de la exhibición de una individualidad que ha hecho de la trashumancia su nueva forma de ciudadanía, su gesto existencial más inevitable y también más definitorio. Tal y como lo manifiestan muchos de los personajes de la novela, al expatriado no le queda más opción que deambular por los márgenes del tiempo: sí, el desarraigo hace vivir en los cruceros de la historia pues solo allí es posible sobrevivir como separatista y reconocerse chileno en un solo golpe de voz.

Aunque las cronologías generacionales nunca son aplicables en los dominios de la creación literaria – al menos no en forma absoluta –, *Cobro revertido* inaugura una década literaria muy agitada en la reelaboración del tema de la dictadura y del exilio. Anterior al libro de Urbina, en 1990, Ariel Dorfman produjo su comentadísima pieza teatral *La muerte y la doncella*; después vino Carlos

Cerda con *Morir en Berlín* (1993), Ana María del Río y *Tiempo que ladra* (1994), y, por supuesto, *Estrella distante* (1996) de Roberto Bolaño. Hace un par de años, en el 2012, Juan Forch publicó *Las dos orillas del Elba*, una obra que puede categorizarse de crepuscular en el marco de los relatos asociados al destierro. Entre todas ellas, la recepción crítica ha sostenido el libro de Urbina como uno de las más penetrantes gracias a que nos hace visitar los trasfondos verbales de un multilingüismo abigarrado que avanza hacia nosotros por la vía de un realismo que lo mismo llega a ser lúdico que desolador. Dicho de otro modo, el gran tema del exiliado se nos expone mediante vaivenes narrativos que se equilibran mientras se contraponen o que se contrarrestan mientras se armonizan. Al hacer bascular las jerigonzas de lo coloquial con las solemnidades de la consideración sociológica, y al acercarlo quebequense a lo hispanoamericano, en Urbina todo vuelve a ser complemento y disociación, incluso esa estructura narrativa que nos habla desde la memoria de sus figuras centrales para, acto seguido, abrir la puerta a una voz omnisciente que nos hace progresar con solvencia en lo leído. Quizás eso sea lo que sostiene la actualidad de *Cobro revertido* en tanto que hecho estético: sus exploraciones verbales ponen a prueba el tópico del exilio al darle vida a un personaje que se refugia entre utopías sociales que se le parecen mucho, sí, pero que nunca poseeremos por completo.

Bibliografía citada

- Benedetti, Mario. *El escritor latinoamericano y la revolución posible*. México: Nueva Imagen. 1977.
- Etcheverry, Jorge. "Poesía chilena en Canadá: historia e identidades". *Revista Anual de Estudios Literarios*, 17 (2011): 183-199.
- Hazelton, Hugh. *Latinocanadá*. Montreal & Kingston: McGill-Queen's University. 2007.
- La Présence d'une autre Amérique. Antologie poétique*. Montréal: Naine Blanche. 1989.
- Paquet, Gilles. *Oublier la Révolution tranquille. Pour une nouvelle socialité*. Montréal: Liber. 1999.
- Urbina, José Leandro. *Cobro revertido*. Santiago: Planeta. 1992.